

Contemporánea

ANTONIO SKÁRMETA

Soñé que la
nieve ardía



DEBOLSILLO

Soñé que la nieve ardía

Antonio Skármeta

www.megustaleer.com

Índice

Cubierta

Soñé que la nieve ardía

Mínimas explicaciones

Biografía

Créditos

Soñé que la nieve ardía es la primera novela de Antonio Skármeta. Publicada en España en 1975 y rápidamente traducida a una decena de idiomas, la obra tiene como escenario Chile entre 1970 y 1973, período del gobierno de la Unidad Popular conducido por Salvador Allende que culminara con un golpe militar de tal violencia que las consecuencias de éste aún se discuten y juzgan en nuestro nuevo siglo. Por ejemplo, en los años 1999 y 2000 se ha visto un intento internacional y otro en Chile por juzgar al ex dictador Augusto Pinochet debido a su responsabilidad en las violaciones a los derechos humanos cometidas durante su régimen entre 1973 y 1989.

Esta obra del autor chileno es una exultante elaboración del lenguaje juvenil de los trabajadores y estudiantes en el tiempo más intenso de la Unidad Popular, una concreta y crítica visión de los problemas que enfrentaban, una lúcida exhibición de sus debilidades y voluntarismo, y una perceptiva agenda de cómo el ominoso final del socialismo democrático se gestaba en el día a día de la historia del país.

Tres grandes grupos de personajes animan respectivos sectores en la organización de esta obra cuyo espacio central es una pensión de un barrio pobre de Santiago.

Allí desemboca Arturo, un talentoso y vanidoso joven futbolista, quien viaja del sur a la capital para triunfar en uno de los grandes equipos chilenos. La sociedad entera está, sin embargo, conmovida por las alternativas de la vía chilena al socialismo. La derecha prepara el Golpe y los jóvenes izquierdistas intentan salvar el proceso.

Arturo con su virginidad queda atrapado entre los dos fuegos y entre ellos debe resolver su vida y comprender a su país.

Dos artistas de variedades, el Señor Pequeño y la Bestia atraviesan la novela con absurda gracia atemporal, cómicamente ajenos hasta cierto punto a los magnos acontecimientos.

Soñé que la nieve ardía ha sido publicada en Francia por Gallimard, en Alemania por Luchterhand, en Italia por Feltrinelli, en Inglaterra y Estados Unidos por Reader's Internacional, en Dinamarca por Samlerens, en Suecia por Federativs, en Holanda por Van Genep, en Israel por Zmora Bitan, en checo por Mlada Front, en ruso por Progreso y en búlgaro por Christo G. Danov.

Skármeta cumple simplemente con su trabajo de creador, es decir, deja vivir a sus personajes y al lector sacar conclusiones.

ANGELO RINALDI en *L'Express*

La escritura de Skármeta es imaginativa, energética y poseída por su propio curioso encanto.

JAMES POLK en *The New York Times*

Soñé que la nieve ardía es una aguda cuanto indispensable novela del proceso chileno. La primera gran novela de ese proceso, el primer esfuerzo que se hace por recapitular, conjunta y literalmente, aquella poderosa experiencia, una de cuyas notas más características fue la variada y en verdad arrolladora extensión de su influjo.

GRINOR ROJO
en *Del Cuerpo a las Palabras:
la narrativa de Antonio Skármeta*,
Lar, Madrid 1983, 153 páginas.

soñé que la nieve ardía

soñé que el fuego se helaba

Del Ay, ay, ay,
canción popular

Se colgó la malla a la espalda como si fuera un morral y le fue dedicando una experta mirada irónica al paisaje, sin excluir ni el cielo despejado, ni las piedras, ni las casas de madera con sus colores de huérfanas, ni los mansos caballos. Cuando pasaron frente al salón de billares con sus portones verdes y vacíos no pudo evitar la sonrisa: allí seguirían eternamente manoseando las mismas bolas multicolores hastiadas de rebotar en el añejo fieltro verdoso. Ahí seguirían los campeones con sus fruterías, sus bancos, sus taxis y compraventas, hinchados de cervezas, de cigarrillos, de jactancias amorosas, sobre todo eso, las insufribles jactancias. Se quedó algunos metros atrás disfrutando de la rencorosa admiración que les sobrevendría cuando no lo viesen a él, al Arturito, palpándose la bragueta entre los turcos del pool, ni lustrándose los zapatos en la plaza a falta de palomas o alguna otra estupidez a las cuales meterles miguitas, maicito, y todas esas cosas de viejas beatas, ni en el café con las teleseries de ciegas calientes y médicos pobres pero honrados que traía el televisor de la década del 50 estridente como una cafetera, ni en la matinée del cine con el hocico hinchado de maníes ensayando vanas seducciones de las princesas del pueblo para después ir a redimir sus erecciones entre sábanas privadas. Anticipadamente paladeó el ruido del tren confundido con el agua de las cañaleras y la fiebre de los pájaros. La locomotora vendría furiosa, vengadora, solemne, John Wayne en tecnicolores untando con su tranco de oso la avenida central para volarle el seso a todos con abundantes bolitas de plomo. Vendría el tren para él, con su chimenea y su fervoroso humo negro, trabajado en las calientes calderas,

se detendría allí, justo en el punto soñado del andén para que él, sólo él, lo montara.

—Le voy a decir una cosa, Arturito: si yo tuviera otro nieto, el otro nieto sería mi predilecto, no usted.

—Está bien, abuelo. Deje que yo lleve los bultos, ¿quiere?

El hombre esquivó el canasto.

—Cuando vengan los líos usted estará con la pelotita allá lejos. En vez de mostrar mi familia voy a tener que mostrarles a los momios los dientes que me faltan. Una cosa no más le digo para que vaya sabiendo: usted es mi nieto porque no tengo más remedio, ¿me entiende?

El joven comenzó a dispersar piedritas hacia la acequia.

—No la embarre, abuelo. Páseme la maleta.

Cruzaron una mirada y el hombre apretó con más vigor las manijas de los bultos.

—De ser nieto mío tiene que serlo porque usted es el hijo de mi hijo. Yo le dije a su señor padre que tuviera más hijos. Si su señor padre hubiera tenido más hijos, usted no sería mi nieto predilecto. Mi nieto estaría trabajando con nosotros, ¿qué le parece?

—Usted está obligado a quererme porque es mi abuelo auténtico.

—De quererlo lo quiero. Pero no me gusta nadita lo que hablan de mi nieto en el pueblo. Nadita me gusta lo que dicen.

—¿O sea?

—Dicen que usted no ha conocido mujer.

—¿Y usted cree?

—Que si no, yo hubiera oído algo.

El joven no respondió. Apretando los labios, llevó delante del pecho la pelota para ir golpeándola con las dos manos.

—Dicen que usted ya debió haberse inaugurado. Dicen que cuando le habla a una mujer se le ponen los cachetes rojos. Como corazón de sandía se le ponen. Yo le digo no más lo que dicen.

—En la ciudad será distinto. Allí hay mujeres dispuestas a la pelea. No huasas brutas como las suyas, abuelo.

—¿Qué les va hallando? Son buenas compañeras, resistentes pa'l trabajo y la cama. ¡Y a ver si usted en la ciudad se hace de izquierda!

El joven ladeó la cabeza y sintió que ya se le dibujaba en el rostro la nariz altiva y la boca altanera.

—Está chocheando, viejo. Todos los abuelos cuando llegan a su edad se ponen hueros y huevean a los nietos.

En la puerta de la estación el viejo bajó los bultos sin soltarlos. Respiraba hondo.

—Bueno, Arturito. Le deseo de todo corazón que le vaya bien en Santiago. Que por lo menos se enamore de una mujer. A ver si se le pone ahí en su corazón no más que sea la sombra de un sentimiento.

—Eso no me conviene, abuelo. Nada de amores largos. Al grano.

—¿Qué es lo que usted pretende, Arturito? ¿Qué quiere?

—Triunfar, no más.

—Pues yo le deseo que allá se haga hombre, como cualquiera de nosotros.

El muchacho midió con un pestañeo su distancia del anciano, de sus manos terrosas vigilando los bultos como si ese andén desierto fuera una cueva de ladrones. Pensó: «Los abuelos son como los chanchos, mientras más viejos se ponen más bestias se vuelven.» Pero no lo dijo, porque el viejo recogía con una suave mirada todo el paisaje para ofrecerle una última clave. Como si un árbol también fuera compañía, como si un pájaro.

—Ya está amaneciendo más temprano. Cuando el sol calienta desde esta hora el día se hace más largo. El desayuno es más sabroso.

No necesitaba de ningún esfuerzo para imaginar al viejo solo, una hora más tarde, untando el pan en la leche, sorbiendo la leche con sus dientes descascarados mientras las gallinas picoteaban el maíz generosamente esparcido. Quería decir que el viejo iba a matar la soledad comiendo.

En el otro extremo del andén vio una figura menuda que abando-

naba el banco y con tranco nervioso se inclinaba sobre las vías deseando el tren. Aun a la distancia, se veía que el grueso abrigo negro le sobraba. Se lo señaló al viejo con un dedo.

—Un enano —le dijo.

El anciano frunció el ceño enfocándolo mejor y afirmó con gravedad.

—No es un enano. Es un Señor Pequeño.

—Bueno, cuando suba al tren voy a tocarlo para que me traiga suerte.

—Algún día a usted alguien lo va a poner en el suelo, Arturito. Los que traen buena suerte son los jorobados.

El hombrecito se acercaba con su valija de cartón y el excesivo abrigo parecía mucho más incongruente ahora con su altura y con el espacioso calor que empezaba a ponerse en el andén. Se empinó para distinguir el tren sin que ningún obstáculo se lo impidiera. El abuelo recubrió las provisiones con el mantel y el joven pulsó por primera vez los bultos para tomarles el peso. El viejo se acercó al Señor Pequeño y sonriéndole acusó a Arturo con el dedo.

—Éste es mi nieto —dijo—. Él juega al fútbol. Va para el norte.

El Señor Pequeño miró al viejo y de inmediato olvidó que alguna vez le hubiera hablado. Aunque el tren ya estaba en los andenes volvió a empinarse y a apretarse el pecho con las palmas tensas. El jefe de la estación salió en camiseta bostezando generosamente e intercambió un sacudón de dedos con el maquinista. Miró el reloj e hizo sonar una campana. Cuando el tren se detuvo, el pueblo se reencontró con su silencio y sólo los pasos de los únicos dos pasajeros entretuvieron la mirada del jefe. Por la ventanilla, el abuelo le hizo seña de que abandonara el asiento elegido y se corriera dos filas, frente al Señor Pequeño.

—Tome leche todos los días —gritó el anciano.

El joven se frotó la nuca aburridísimo. El viejo no lo dejaba disfrutar de este momento como lo había soñado y calculado.

—«Escríbame.» Ahora dígame «escríbame» —se rió.

—Por supuesto, niño,scríbame.

—No tendré necesidad de escribirle, abuelo. Sabrá de mí por los diarios.

—La gallina en Talca, acuérdesese. Compre galochas para la lluvia cuando llegue:

En cuanto el tren insinuó un movimiento, el viejo se empinó agarrándose del cuadro de la ventana y le habló al Señor Pequeño, como un desesperado:

—Éste es mi nieto del que le hablé antes, ¿se acuerda? Va con usted ahora. Es completamente virgen y juega al fútbol.

El hombrecito rozó con una mirada al abuelo, le pestañeó una al muchacho, y a continuación se hundió en la contemplación de sus propios zapatos. Vagamente recordó haber visto a esos personajes en el andén cuando estaba abstraído en un sueño. En cambio el joven reemplazó el sentimiento de burla que había tenido hacia el hombrecito por un leve disgusto. Sintió que con ese hombre pequeño el germen de su virginidad lo perseguiría hasta Santiago. Por fin el tren cobró un poco de velocidad y el viejo se le colgó del cuello y le apretó un áspero beso en la mejilla.

—Dios lo bendiga, mijito. Cuente siempre con su abuelo.

Cuando lo libró del abrazo ya los separaban algunos centímetros. Arturo se pasó la mano por la melena y estirando el cuello, le gritó:

—¿Quién lo entiende, viejo? Le pide a uno que ande bien peinado y luego me agarra la cabeza y me saca la gomina.

Agitó un par de dedos para responder a las altas manos voladoras del abuelo, y en seguida entró la mano y la cabeza. Por eso no alcanzó a ver que un hombre colorín se acercaba al abuelo y le hacía, con una mano horizontal a la altura del hombro del viejo, la pregunta por una persona. Tampoco, por tanto, vio que el viejo asentía con la cabeza y que el colorín, asintiendo a su vez, veía irse el tren ya a una cuadra de distancia. Sí lo vio el Señor Pequeño que viajaba frente a Arturo, sentado en dirección opuesta a la marcha del tren. A su modo de entender las cosas, el colorín también le resultó relativamente familiar. Pero por qué y dónde, no podría precisarlo sin un escalofrío.

Por un momento el joven tuvo la impresión de que estaba en tierra, y peor aún, en casa. Lo alcanzó nítida una mezcla de graznido y careo. Pájaro o ave madrugadora. El polvo de las ventanas excitaba más la calentura hiriente de un sol abundante. La segunda cosa que llamó la atención de Arturo, mientras se mojaba los labios y ajustaba en breves flexiones su cuello torcido, fue una inquietud en el pecho de su vecino, algo exagerada para una simple taquicardia. Abusó entonces de un ir y venir de los ojos del hombrecito a ese corazón tan fuertemente alborotado. Una vez que se hubo humedecido las pestañas con saliva y observado las legañas en las puntas de las uñas, para después proceder a amasarlas, no desvió más la vista del menguado pecho de su acompañante. El Señor Pequeño, ahora que había capturado entera la atención del joven simulaba interés en las moscas que sobrevolaban el farol sobre su cabeza.

—He llegado a la conclusión de que usted tiene algo en el pecho —dijo. El Señor Pequeño adelantó aún más sus enjutos hombros y el cuerpo se le ahuecó como en un signo de interrogación—. ¿Alguna cosa, no? ¿Una cosa viva? —El hombrecito se rascó la mejilla y comenzó a quebrar sus nudillos apretándoselos con los dedos de la otra mano—. Se ve que lo cuida bien ¿no? —Se echó hacia atrás, rígido como un juez—. Debe estar calentito ahí dentro, ¿ah?

El Señor Pequeño apretó los labios tal vez deseando que un sueño final invadiera el tren, el paisaje, el oleaje fastidioso del sol sobre su abrigo negro. Pensó que al dormirse se iría levitando veloz en una nube espesa que arrojaría truenos y aguaceros en su fuga. Los campesinos se pondrían a resguardo bajo las montañas de trigo y él viajaría muelle y piadoso en un espacio familiar y gris.

—Bueno —dijo el joven—. Si no tenía ganas de conversar ¿para qué se sentó a mi lado?

Su vecino atisbó los asientos cercanos y calculó la inconveniencia de transportar el equipaje con ambas manos cubriéndole el pecho.

Arturo extendió la punta de la nariz sobre la parte superior de los labios y la meneó mecánicamente.

—Es poca la gente que guarda sus cosas ahí dentro. Yo no conoz-

co a nadie que tenga esa costumbre.

—No crea —susurró el Señor Pequeño.

—No lo oí. —El hombrecito apretó las rodillas—. Es realmente muy extraño cómo se le mueve. Claro que usted mismo es una persona bastante extraña. —Tamborileó los dedos sobre el cuero del balón y en seguida lo puso bajo los pies y comenzó a resbalar la cadera siguiendo un movimiento rotatorio—. Se menea, ¿eh? ¿Le pasa algo?

—Es así.

—¿Come? —Inclinó el tronco y le puso la boca muy cerca de la oreja—. ¿Un animalito? ¡Muestre! —Retrocedió el lomo al fondo del asiento y estiró el cuerpo hasta que la cabeza quedó voraz y alerta allá arriba. Tras tropezar un par de veces con el botón, el Señor Pequeño corrió la abertura del abrigo y exhibió un trozo de la cabeza del gallo. En un segundo lo sumergió de vuelta en su regazo, y preso de temblores calzó el botón en su ojal. Arturo no cambió de postura, aunque se amasó abundantemente la nuca—. ¿Parece un pollo no? —Desilusionado, apartó el mantel del canasto y extrajo un sándwich en marraqueta.

Antes de morderlo le hundió los dedos para que la fresca cáscara se resquebrajara hermosamente. Mientras amasaba un fuerte trozo, con la boca abierta, farfulló:

—¿Se lo robó de algún lado?

—No —dijo el Señor Pequeño.

—Pero lo trae escondido.

—Guardado.

—Sí, porque es muy feo robarle los pollos a la gente.

Siguió mirándolo, mordiendo y mordiendo en silencio. Cuando terminó el sándwich, como rascándose, dispersó las migas de sus pantalones.

—Muéstremelo otra vez —dijo. El hombrecito vaciló con un dedo en el ojal—. ¡No sea malo, muéstremelo!

—Sirve para pelear —dijo el Señor Pequeño—. Pelea con el pico y mata a los otros pollos.

—Tal vez tenga sed, ¿no?

Con la imprecisión que producía el vaivén del vagón, derramó un poco de vino sobre la tapa del frasco de sal y lo acercó al pico de la bestia.

—Haga que tome.

Por primera vez se desplazó un centímetro en el asiento para acercarse. Hundió el pico del gallo en el vino hasta que lo hubo tragado entero. El joven apartó el tapón de lata y le dio vuelta significativamente.

—¿Ve? Ahora está contento —dijo. Cuando el Señor Pequeño quiso volverlo a su regazo, lo detuvo con un gesto—. Déjelo que se airee, hombre.

El gallo se puso a picotear las migas del sándwich y el joven metió la mano en el canasto.

—El abuelo me dijo que le convidara algo de comer. ¿Tiene hambre?

—Algo.

—Usted tiene buena suerte hoy día. Yo le voy a dar de comer, ¿entiende?

Quebró un rosado muslo de gallina y lo untó con sal que desprendió de los dedos.

—Pero no se acostumbre. Después usted mismo tiene que conseguir su propia comida. —El Señor Pequeño arrancó un trozo de cuero del ave y con la boca muy chica y los labios muy apretados procedió a roerlo. Arturo se limpió los dedos en el mantel—. Cuando llegemos a Santiago, usted puede devolverme el favor, ¿entiende?

—El Señor Pequeño, como ensimismado en el sabroso bolo que le fluía por su leve estómago, asintió con movimientos bruscos que Arturo tomó por un compromiso.

—¿Puede presentarme mujeres? ¿Usted conoce mujeres en Santiago?

—Algo.

El Señor Pequeño tuvo una fugaz sensación táctil y apretó los párpados tratando que la imagen apareciera, pero se le puso en los

ojos un telón amarillo y unas palomas blancas que andaban estrellándose entre ellas. Entonces murmuró algo. Él mismo se sintió estridente cuando asomó un dedo y subrayó la botella de vino en la canasta.

—¿Puede darme de eso?

El joven siguió la dirección apuntada y abrió una sonrisa rápida y parpadeó con complicidad. Le pasó el vino descorchándolo.

—Sírvase, sírvase.

Después contempló el primer largo sorbo de su vecino sin cambiar la sonrisa. Se inclinó y le puñeteó suavemente una rodilla.

—Ya veremos si es capaz de devolverme el favor en Santiago.

Volvió a su posición y chasqueó los dedos delante del gallo, haciéndole parpadear las alas. El Señor Pequeño inició un segundo trago juntando los ojos en los costados inferiores de las córneas para mirar cómo iba bajando el líquido.

—Perfecto —dijo el joven, y rascó el lomo del gallo—. ¡Padre de tigre tenía que salir rayado!

Cuando pisaron el andén de la Estación Central, el joven sintió que el cuerpo se le contraía y expandía con el mismo vigor de la locomotora a vapor. Enganchó la valija con la izquierda y en la derecha colgó el canasto, y luego de un par de pasos quedó en medio de esas viejas con sacos agujereados por donde asomaban sus cogotes los pavos campesinos. Se detuvo un segundo, y alzándose en la punta de los pies le hizo una seña al Señor Pequeño para que lo siguiera. Cerca de la puerta apuró el tranco dispuesto a dejarse deslumbrar por la ciudad en cuanto traspusiera los umbrales. Se vio a sí mismo como un animal que ha crecido en la jaula del zoológico y a los veinte años lo sueltan en su selva, un paisaje que de alguna manera ya lo había vivido en ensueños de la siesta provinciana. Y sin embargo el día estaba caluroso y nublado, las calles demolidas y los buses, con pasajeros colgando de las pisaderas, dejaban espesas columnas de humo negro. No había tampoco luces de neón ni las